

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Junio y Julio de 1935

PROLOGO DE DON QUIJOTE

DISCURSO

leído por el doctor don J. V. Castro Silva
al posesionarse de su plaza en la Academia
Colombiana el 16 de noviembre de 1934

“.....par ignorance et bonne foi
tout ensemble, on croit inventer
ce que l'on répète.”

(D. NIZARD.—Etudes sur les
poètes latins de la Décadence.
Préface).

Señores Académicos :

Una costumbre abonada por el ejemplo constante de los Académicos franceses, y seguida apenas de tarde en tarde por los españoles, pide al que llega a recibirse como Miembro de número de estas doctas corporaciones que pague y reconozca el honor que se le dispensa con un elogio finamente acendrado de su antecesor. Loable observancia que de una parte mantiene vivo el recuerdo de los maestros y señores del buen decir y de otra obliga a discutir y a proponer en forma perspicua y ordenada los ejemplos que en obras insignes y tal vez imperfectamente conocidas nos legaron. Ni fueron esquivos a este empeño algunos de los que hace poco vinieron a decorar con su presencia y a ilustrar con sus méritos la Academia Colombiana.

El aplauso con que fueron recibidas sus disertaciones panegíricas da claro testimonio así del acierto en la elección del tema como de la pericia y atildamiento que fueron menester para desarrollarlo; a ese óptimo criterio quisiera yo atenerme pero me lo estorba una consideración a mi entender no despreciable.

Los literatos máximos de esta tierra, con raras excepciones, no han podido encerrarse en el santuario de Minerva para entender solamente en la contemplación de las puras ideas, de las razones originales y de los principios arcanos, energía suprema que al resolverse en expresiones adecuadas marca los ritmos de la vida y estimula el florecer de todo arte y señaladamente de las letras. Mas no fue este recogimiento estudioso y fecundo posible a nuestros escritores y eru-

ditos: llamábalos de continuo la política a sus rudas palestras, y bajaban a ellas, unos cediendo a su natural ardoroso y combativo, otros lastimándose de que se les enturbiara la serenidad que crean los altos y generosos pensamientos, y todos persuadidos a que de esa manera estaban ayudando a la salvación o al engrandecimiento de la república o, como dice Marroquín, disputándose la honra de hacer a su patria feliz y poderosa, Por lo cual vino a ser empresa dificultísima distinguir en cada caso el letrado del político y hablar del uno sin tocar con el otro. A que se añade el riesgo, para mí muy temeroso, de que al juzgar las obras de los que fueron juntamente próceres del Ingenio y hombres públicos de crecida Influencia y poderosa actividad, se piense que allí campean las parcialidades y compromisos tradicionales más bien que los dictámenes sinceros y desinteresados de la buena fe. No sucediera ésto y habría que declarar que los innegables elementos artísticos que encierra la política son asunto primoroso y galano que podría redimir de la indigencia un discurso como éste.

Creed, señores, que a no mediar estas circunstancias, emplearía estos momentos en exaltar ante vosotros las prendas singulares que reconozco y admiro en el doctor Carlos Martínez Silva, predecesor mío en esta plaza académica. Al ordenar tal sucesión, pensasteis, sin duda, señores académicos, que en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario también he venido a ocupar, aun cuando de manera harto accidental y precaria, el sitio que fue suyo. Mas porque la noble Institución de Fray Cristóbal de Torres sí es sujeto proporcionado de todo galardón, a ella, que me dió un lustre de que personalmente carezco, devuelvo y consagro el honor que me dispensáis. Quédeme a mí la obligación de acatar al que me habéis dado no tanto por predecesor cuanto por maestro. Y para empezar a cumplirla, he creído justo hacer mío el tema

que Martínez Silva desarrolló ante esta Academia el 23 de abril de 1879.

Ensayar una interpretación del Quijote no diré que es empresa difícil porque muchos ingenios antiguos y modernos la acometieron con diversa fortuna; desde los discretísimos comentadores que se han atenido a la letra para adivinar y poner en seguro las intenciones y propósitos que guiaron a Cervantes en la composición de su obra, hasta los eruditos zahoríes que descubren raros misterios e inopinadas significaciones en la historia del hidalgo manchego, se dilata una legión de intérpretes, mejor o peor aconsejados, para quienes don Quijote ora es la cifra y compendio de toda la sabiduría humana, ora una sátira de largo alcance tan poderosa a desfacer los agravios de ayer, como a enderezar los entuertos de mañana. Y es de tan singular condición este libro engendrado en la cárcel, que a todos convida y a todos provoca con su opulencia, a todos parece que justifica y saca verdaderos y a todos les hace sentir cómo no hay industria que lo agote ni cavilación que lo reduzca. No sé yo si estrechado Cervantes en el encerramiento de la prisión y oprimido por las malandanzas de la vida, cobró su ingenio una capacidad incoercible de espaciarse por todos los términos de la vida humana y logró de esta suerte compensar la dolorosa limitación en que le puso la existencia.

Lo cierto es que don Quijote y Sancho han sido y serán perpetuo asunto de las lucubraciones caras a los letrados y de las reminiscencias legendarias del pueblo llano. Aún no se había llamado a eternidad el buen hidalgo y ya andaban sus aventuras en manos de todo linaje de personas. Después sobrevinieron con ritmo siempre acelerado en España y fuera de España, las glosas y los comentarios, las críticas y las interpretaciones de tomo y enjundia que fueron revelando pau-

latíamente, ora los primores y documentos lingüísticos que se archivan en el frasear de Cervantes, ora el caudal filosófico que corre desatado por las páginas del libro y que según sea el ánimo que lo contempla, ya parece recatar fondos y honduras abismales, ya semeja corriente bulliciosa, pródiga de transparencias, engalanada con espumas de perpetuos donaires y de inacabables retozos.

Por acá entre nosotros Martínez Silva, Sergio Arboleda, Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez, amén de otros varones eminentes, aplicaron su reconocida versación al empeño de puntualizar diversas calidades y aspectos del Quijote. Para Martínez Silva, hombre en quien jamás se desmintió el anhelo de subyugar las realidades al imperio de las ideas que enjambraron en su hervorosa mentalidad, Cervantes desarrolló un sistema político (1) tan completo por lo que atañe a razón de Estado y modos de gobierno, que no habría república metida en esta fragua que no saliera bruñida y renovada (2). Rebaja algo de estas ponderaciones Sergio Arboleda y enaltece a Cervantes con prerrogativas de genio porque —dice— «reclibió de lo alto el dón de observar y de concentrar en su mente el fruto de sus observaciones, el dón de crear y de reproducir en sus creaciones el mundo que le rodeaba y fue en fin favorecido con el privilegio de la oportunidad» (3). Que tales sean los atributos del genio y que basten esos tres dones para explicar la inmortalidad de don Quijote, lo demuestra don Sergio en un copiosísimo discurso que dejaré en paz no sea que alguno eche de menos en ese inventario de las preesas geniales aquella muy específica de Cervantes que consiste en haber lanzado por el mundo una de esas interrogaciones humanas que cada siglo procura contestar a su manera y que reclama perdurablemente nuevas y ricas alcabalas de ensoñación y pensamien-

to. Del señor Caro, como intérprete del Quijote, ¿qué más diré sino que refrendó garbosamente con sabiduría peregrina el título y calidad de «Poema» que nadie hasta entonces se había atrevido a darle como no fuera a escondidas y con todo linaje de escrupulosas salvedades? Caro vió allí algo más que la pintura inolvidable del hidalgo seco, avellanado y antojadizo, de las carnazas de Sancho, de las desdichas de doña Rodríguez, de las tobosescas tinajas, o de la malévola ociosidad del Duque; Caro vió «un pensamiento fundamental, algo para todos interesante, un «humanum» que consiste en el contraste permanente entre el espíritu poético, y el de la prosa, en la exhibición de dos tipos simbólicos, como se acostumbraba en la edad media; el alma que solicita heroicas aventuras y el cuerpo que de ellas se cautela»; lucha entre dos sistemas y dos tendencias en que se suple la falta de enredo con la perenne y dramática vacilación del lector que no sabe nunca si cada lance será absuelto por la disparatada locura o por la gentil cortesanía de don Quijote; por el egoísmo sócarrón o la sensatez villanesca de Sancho. Una sola frase explica muy bien lo que hizo el señor Caro con su estudio primoroso: logró hacernos descubrir en don Quijote «una ópera bufa en que el perpetuo encuentro de una música sublime da a toda la composición un tono que el drama solo no alcanzará jamás».

A don Marco Fidel Suárez le tocó hacer memoria de Cervantes en el tercer centenario de su muerte y entonces acudió al venero irrestañable de su erudición para mostrarnos «en el libro maestro de Cervantes su inimitable estilo, su lengua castiza y abundante, su filosofía profunda y... su inmenso poder como obra de entretenimiento». Prefiere no obstante el señor Suárez dar de mano a las risas y donaires, para asentar que

el carácter de Don Quijote «no pudo ser más firmemente delineado, más íntegro, ni más constante... singular fisonomía que en cierta manera puede servir de ejemplo, de reproche y de atractivo a los mortales». Y lo es en efecto, porque casi no hay virtud ni delicadeza ni discreción que no aparezcan en el trato y mancomunidad del hidalgo y del rústico manchegos, como aparece, valga la verdad, con otra tanta viveza y con más originalidad en cualquiera de esos libros que desde el casi inexplicable monumento de las Partidas, pasando por la Celestina y Mateo Alemán el torrencial, hasta Mariana, Quévedo y Saavedra dejaron bien cimentado el honor de España como patria y solar de moralistas sentenciosos.

Y con ser extraordinaria la mole exegetica que crece sin cesar en torno del núcleo cervantino, aún queda mucho por hacer y así lo afirma en estos postreros años nada menos que Rodríguez Marín, infatigable y exquisito rebuscador de ilustraciones que declaren el vigor, elegancia y genuina significación del texto, y suelten y apuren todas las cuestiones gramaticales, lexicológicas e históricas que menudean en el libro sin par. «Ya hay —habla Rodríguez— la luz, más luz» que deseaba para él Menéndez y Pelayo, y ya, entendiéndose a derechas cuanto escribió Cervantes, es llegada la sazón para que hagan maravillas los intérpretes y escoliastas del orden psicológico y se esfuercen por estar de un acuerdo. Mas es muy de temer que lejos de lograrlo, den al mundo tantos Quijotes diferentes como intérpretes tenga, y cada uno de esos Quijotes sea el de su propio comentador, pero ninguno de ellos el de Cervantes, que por siempre jamás seguirá siendo el único auténtico» (4).

No os ocultaré que los temores del maestro se me hacen vanos e inconsistentes. No fuera Don Quijote lo

que es, y entonces, concluída la obra de los que fijan, depuran y desentrañan el texto, no habría más que pedir sino que lo aprovecharan desahogadamente y a título de legislador del idioma, España y estas naciones que del lado acá de los mares la reconocen por nutricia. Pero si el Quijote vale como reseña y como sublimación, como abreviatura y jeroglífico, como símbolo y parábola de algún íntimo y universal conflicto humano, del cual no sabemos quizá sino que donde quiera y siempre se ha resuelto en lágrimas o en risas, entonces habrá que convenir en que Don Quijote, sin dejar de ser profunda y esencialmente hispánico, es también caballero andante de la tierra donde apadrina como entre sombras toda aventura en que anden envueltos los mortales. Y convendréis también en que, mirado así se escapa el ingenioso hidalgo de las lindes patrias donde fue asunto de sabias glosas y de entrañable regocijo, para asistir, más que nunca misterioso y enigmático, a esta contienda que apellidamos vida. Ninguna de sus alternativas dejó de probarla el fabuloso manchego; por suyos reconoce los hábitos de demencia y las querellas de amores, los homenajes burlescos, las glorias prestadas, la ruindad de los grandes, el engaño insólito, el interés disfrazado, los comedimientos mal retribuidos, el quebranto de los nobles propósitos, la pesadumbre de la soledad, el atropello de la injusticia y el manso lamentar de los humildes. ¡Oh buen caballero! De nada sirvió que tu engendrador se empeñara en sepultar tus huesos cansados para que no hicieran tercer jornada y salida nueva; bueno es eso para que ningún escritor fingido y tordesillesco se atreva a menearlos, en obsequio a los hurladores de oficio, mas no para estorbar que te levantes en oyendo el clamor de la verdad que solicita defensa, de la justicia que demanda desagravio y de la desdicha inorme (5) que pide consuelo. Armado de punta en blanco te veo

salir de la huesa y correr por cuantos son los términos del mundo; llévante en pos de sí las quejas que respiran los hombres, y no importa que andes por ahí con celada de cartones, escudo mohoso y yelmo de trampantojo, porque esos arreos incapaces de resguardarte contra los estacazos y pedradas que llovieron sobre ti yangüeses y follones, tocados ahora por el pensamiento y ungidos por arcanos sentires, duran y resplandecen más que las armas de Aquiles forjadas por Vulcano!

Recela Rodríguez Marín que los comentarios futuros no traduzcan las intenciones reales de Cervantes sino la opinión aislada y personal de cada intérprete; pero aquí me saltea una duda considerable: al señor Caro le parece, y con harta razón, que al Quijote le cuadra el nombre de poema porque si pertenece literariamente a un escritor e históricamente a una nación, moralmente cae bajo el dominio de la humanidad, y a ella no creo yo que le importen gran cosa los propósitos bien averiguados o apenas entrevistos del autor; impórtale en cambio sobremanera la siempre renovada e inexhausta fecundidad que introduce la vida en las entrañas del texto. Quitesele a Don Quijote esta capacidad de prestarse a muchas interpretaciones y de reflejar o encarnar las ansiedades, los anhelos y los sobresaltos peculiares de cada siglo y de cada época, y por el mismo caso quedará reducido a la condición de documento literario, tan respetable y autorizado para los peritos, como yerto e inanimado para la inteligencia que en lo natural camina de descubrimiento en descubrimiento y de sorpresa en sorpresa, así como en lo sobrenatural se alimenta de crecientes y sucesivas claridades (6).

Los que primero experimentaron estas fuerzas materiales que hoy viajan por un hilo metálico y son luz, se truecan en ondas y son verbo, se comprimen en una cámara minúscula y engendran el frenesí aligero de

los velívolos, no sabemos qué pensaron ni qué imaginaron de los destinos y fortunas de su hallazgo, que si hoy pasma por su grandeza mágica, ello no se explica por las ideas y fantasías del autor, sino por la virtud intrínseca y por las posibilidades desmedidas recatadas en el invento y multiplicadas luego por el ingenio de los hombres en grado y proporción insospechables. No de otra suerte en la provincia y jurisdicción de los espíritus, acontece que un escritor, pensando enderezar su obra a un intento bien definido y circunscrito por el tiempo y el espacio, acierte a crear la fórmula impercedera y de capacidad anchísima que responderá generosamente al ansia de exprimir los infinitos matices y las variaciones incontables que de una edad a otra van modificando esta masa permanente de la realidad humana. La arremetida de Cervantes contra los libros de caballerías y contra las alucinaciones y necedades que sembraban a poder de tanta fábula mentirosa y de tanta aventura desafortunada y quimérica, tuvo su razón de ser y su oportunidad allá en el siglo XVII, cuando «al ventero y los segadores se les hacía agua la boca oyendo leer de aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, cuando a Maritornes le parecía cosa de mieles que la otra señora se estuviera debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, cuando lloraba de compasión la hija del ventero al entender que había damas tan sin conciencia que por no mirar a un hombre honrado le dejaban que se muriera o que se volviera loco». Hoy, en cambio, subsisten los afectos y pasiones de entonces y de siempre, pero corren por otros cauces, se visten con otras apariencias, conducen a otros resultados menos apacibles y tiernos, y proceden de causas no tan leves que puedan remediarse echando al fuego los disparates y arrogancias de Don Olivante de Laura (8). La sátira y parodia cervantinas han dejado de ser castigo y escarmiento de la

desenfrenada invención de los libros de caballerías, que ya no aficionan ni tientan a nadie con sus ridículas esclavitudes amorosas, ni con sus arrestos fanfarrones y pendencieros; Don Quijote ayudó a postrar aquel ciclo de patrañas insustanciales y acabada esta empresa particular comenzó una vida épica, emancipada de toda decadencia, en que enjuicia al mundo con las puras y bienaventuradas ideas que un día «andaron en el recóndito y majestuoso albergue de la locura». (7)

Por todo lo cual me atrevo a suponer que algunos de los que se han atareado a la Inteligencia de Don Quijote han puesto en olvido que una cosa es definir los motivos que en realidad guiaban a Cervantes y otra muy distinta medir los alcances de su obra. Aquello podrá ser materia de una glosa que fije y circunscriba para siempre jamás el pensamiento del autor y que por lo mismo lo confine en una lejanía cada vez más remota e inaccesible. Lo otro explicará este salvo conducto que tiene Don Quijote para pasar de edad en edad y ser contemporáneo de todas las generaciones no obstante su triste figura y sus arreos enmohecidos y anticuados. Y esto y aquello no lograrán unirse sino a costa de sacrificar el sentido íntimo y el alma viva de la obra, a la verosimilitud objetiva que suministra la pura historia literaria. Exprimirá ella de la existencia de Cervantes y del estudio de su época todo cuanto sea menester para determinar cómo y por qué fue engendrado el caballero de la Mancha, pero guardará silencio sobre el proceso genial, independiente de la voluntad y de la conciencia del autor, que le abrió camino para atinar con peregrinas combinaciones de sentimientos e imágenes, de afectos y de ideas cuya profundidad y cuya importancia irán desvelándose paulatinamente a la inacabable solicitud de remotísimos lectores. De esta manera cabe decir que el poeta ge-

nuino lleva en sí no sólo el pasado sino el porvenir desconocido de la humanidad, porque al señalarle en la esfera vastísima de la comprensión ciertas zonas henchidas de misterio, le encomienda una labor perpetua y la incita a multiplicar invenciones. Así, en la tenebrosa vastedad del firmamento nocturno notaron los insulares del mar Egeo (9) la simétrica espléndidez de Orión y con sus estrellas escribieron el mito del celeste aventurero que con armas de oro y espada rutilante viaja por los campos etéreos sembrando hazañas, celos y temores. Y nunca más supieron apartarse los ojos humanos de aquella constelación simbólica: una y otra noche le espieron los pasos, y oteando sin cesar la inmensidad de los espacios que cubre, llegaron a registrar las nieblas luminosas en cuyo seno hierve la materia, y se cuajan las estrellas gigantes, y fulguran las irradiaciones vencedoras de esta medrosa e insondable oscuridad que nos circunda.

El padre que se desvive por guiar los pasos y formar el ánimo de su hijo pequeñito, el maestro que se afana por darle rumbos firmes y ciertos al discípulo, se hallan tan lejos de sospechar lo que realmente darán de sí con los años el uno y el otro, como lo estuvo Cervantes de imaginar el desarrollo cabal de don Quijote que por añadidura no fue hijo suyo sino mero hijastro, como él mismo lo advierte en testimonio de que la novela tenía su buen por qué de observación directa. Padres y maestros piensan de continuo en lo que pretenden sacar de hijos y discípulos, o en lo que habrán de ser andando el tiempo, pero la vida no suele sacar verdaderos los pronósticos y a veces deja defraudadas las intenciones. De lo que pretendió Cervantes al escribir su libro, no sé yo qué tanto se ha logrado; y si en frase de Rodríguez Marín «esta fue la mayor hazaña de Don Quijote: desterrar la lectura de los libros de caballerías» (10), paréceme que si otras

maravillas no le acreditasen, ya le tendríamos olvidado; peores cosas y mayores siniestros trataron de ahuyentar algunos ingenios próceres y eso no les valió para que nos desentendiésemos casi por entero de sus obras, si la de Cervantes no ha conocido ni conocerá el ocaso de la indiferencia, ni se ha visto reducida a ser pasto de los reprochadores de vocablos; si triunfa soberbiamente de la ralea miope de los clemencines que le apuntan aquí un solecismo, allá una cacofonía, acullá una repetición, y en todas partes algunos versos involuntarios, es porque Cervantes abrió con la pluma estos raudales que anegan al hombre en la tragicomedia de la vida y que se juntaron tan apresurada y copiosamente en aquel poema de burlas y de veras, que no dieron vagar a su autor para medir la profundidad que iba colmando. Así se derrumban las aguas en las cuencas terrestres para formar un lago inmenso de sobrehaz tranquila, a veces rizada por el retozo del aire, a veces centelleante con el reflejo de los cielos azules, seductora entre la guirnalda de los boscajes ribereños, fosca al paso de nubarrones aciagos, y perpetuamente misteriosa porque debajo de estas múltiples apariencias se encubren los secretos del abismo.

Ni la ciencia de los artificios y mecánicas gramaticales, ni el acopio de datos y noticias históricos, ni el cotejo con otros documentos literarios bastan para hacernos entender las reconditeces del alma y de la mente humanas que se guardan en el Quijote, en Fausto, en Segismundo, en Hamlet. Para estimarlas se requiere, amén de lo dicho y por parte del lector, una manera de comunicación afectuosa con los personajes de la novela y del drama, una emoción de simpatía que le haga sentir como propios los casos venturosos o desdichados que les acaecen, una como agilidad y sutileza espirituales que le habilitan para entrarse por el ánimo de los protagonistas y percibir no solamente los

choques externos que provocan la risa o el pasmo, sino eso que se agita allá dentro y a hurto de todos: ora un tumultuoso retronar de sentimientos y pasiones, ora las desgarraduras interiores que dejan por vestigio la carne y el espíritu cuando se afrontan, ora el contraste y alboroto de las ideas, y allá, más en lo secreto, las últimas delicadísimas vibraciones que tal vez embargan y suspenden las potencias y ponen desmayo en los estambres de la vida.

A esto lo llaman crítica subjetiva, y he de confesaros que la tengo por indispensable para calar hasta el fondo en estas obras maestras que nos hacen perenne compañía, gratificándonos con solaz o con amaestramiento. Ninguno lo entendió mejor que el de Loyola, engolosinado primero con los mismos libros de caballerías que anatematizó Cervantes, hecho después por obra de Dios, caballero andante de la Gracia, y cuya transmutación no se derivó de la mucha agudeza del pensar que no harta el ánimo, sino de aquel su acercarse mentalmente a las personas evangélicas para mirarlas y servir las «como si presentes se hallaran», en faz de pobre y atalaje de esclavo.

Lo que así vale para cosas sin comparación excelsas y empinadas, valdrá también para estotras que precisamente por ser humanas reflejan la porción celeste que se encierra en el deleznable vaso de la carne. Vale tanto, que ahí está para demostrarlo el griego Solomos en cuyos versos podéis leer éste que es consagración de la crítica subjetiva: «Llena tu corazón con la Hélade, y sabrás qué tan elocuente fue Demóstenes». Vale tanto, que el mismo Cervantes, anteviendo la muchedumbre de sentidos que habrían de buscarse y de hallarse en el Quijote, y sospechando que cada lector sucumbiría a la tentación de convertirlo en espejo de sus propias andanzas y en contrapunto de la ruindad y de la grandeza de los hombres, consintió en que se le die-

ran múltiples y diversas interpretaciones, que cuando no estuvieran encerradas o comprendidas en la idea y propósito cervantinos, si podrían expresar algo de lo mucho que se recata en el poema quijotesco. Así entiendo yo el aparente desgarro con que Cervantes pone o más bien abandona a Don Quijote en manos del «lector desocupado»: «No quiero —le dice— irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con lágrimas en los ojos, como otros hacen, que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres, pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa donde eres señor della, como el rey de sus alcabalas» «Y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal ni te premien por el bien que dijeres della» (11). Si en esta cláusula lo primero y lo último suena a indiferencia por las alabanzas o vituperios que habían de venir sobre Don Quijote, también hay allí una alusión a la libertad y señorío de los lectores, que podría alegarse como indicio de que Cervantes no veía con malos ojos que los sucesos del ingenioso hidalgo se ajustaran y entallaran conforme a la diversidad de los entendimientos, lo cual aventajaría la obra mucho más y mejor que si la hubiera circunscrito y limitado de acuerdo con una idea precisa e inmutable. Hiciéralo, y no sería explicable su regocijo al saber que «los niños la maneaban, los mozos la leían, los hombres la entendían, los viejos la celebraban y era finalmente trillada, leída y sabida de todo género de gentes», y andaba en letras de molde así por España y Portugal como por Italia y Países Bajos (12); donde es de notar que si no tuviera Don Quijote muchos sentidos y no se prestara a muchas interpretaciones, sería imposible que procurara gusto y entretenimiento a tantas personas de edades, condiciones y patrias distintas, incapaces por tan-

to de llegar a una comprensión idéntica y a un parecer unánime que coincidiera con el pensar *auténtico* que Rodríguez Marín supone en Cervantes, y que quizás no fue sino el mismo que le indujo a escribir los cuentos ejemplares: «Mi intención —lice— ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos donde cada uno pueda llegar a entretenerse sin daño de harras» (13).

Y miradas las cosas no tanto por el aspecto de la honra cuanto por el del provecho, más le importaba a Cervantes que las gentes hallaran en su novela una mina de ideas y de imágenes inagotable y siempre renovada y hasta con su poco de misterio, que nó un propósito determinado, cuyo menor inconveniente sería que, en lográndose, perdería todo interés y embotaría los aceros de la curiosidad con menoscabo de la difusión y venta del libro y de los gajes consiguientes; porque ya os acordaréis de que en la tercera dedicatória al Conde de Lemos muestra desembozadamente y hasta con alguna crudeza que la falta de dineros fue aguijón de su actividad literaria (14).

Pero lo que más me convence de que Cervantes no encadenaba la significación de Don Quijote a la idea que le impulsó originalmente, es la saña con que persigue y zahiere a Avellaneda, nombre ya legendario del personaje que, «para quitarle la ganancia de la segunda parte» aplebeyó a Don Quijote y lo redujo a la condición vulgarísima de hazmerreír de zafios, ávidos de grosería y de necesidad. A Cervantes le repugnaba instintivamente que su héroe lleno de posibilidades y henchido de una vida tan pujante que por momentos iba venciendo y sojuzgando a su propio autor, quedara reducido y aprisionado dentro de los límites que pretendió señalarle la torpe inventiva de Avellaneda. Como pudo sentir Rembrandt el primer destino que se dio a la Ronda Nocturna; como puede llorar un maestro la suerte in-

fausta que condena las capacidades indecibles y ya razonablemente entrevistas de un discípulo, a emplearse en ruines ejercicios de esos que solazan embruteciendo; como puede sufrir el que oye una divina frase musical arrancada del conjunto que informa y traspuesta a la canción estúpida y canalla; como puede lamentarse el que ve dulces prendas, recordatorio sacro de antiguas emociones, profanadas por manos que ignoran el decoro y la ternura; así debió de sentir Cervantes que su hidalgo quedara preso y aherrado entre los barrotes de una jaula que para siempre jamás le quitaría todo movimiento y toda acción que no fuera capaz de entretener la bastarda ociosidad de grandes y pequeños, (15) y esto precisamente cuando llevaba muy adelantada la carrera que iba sacándole del mundo donde engendró risas y vilipendios y arraigándolo en el mundo silencioso donde la melancolía es la sombra creciente que sigue los pasos de la grandeza, donde no hay voces estentoreas ni recias carcajadas que celebren peregrinas o caprichosas aventuras, sino enjambres de tácitos pensamientos, comitiva perenne de los héroes.

¡Don Quijote asunto de risa!... ¡don Quijote entretención de las gentes!... don Quijote hecho sinónimo de perdurables facecias e ilustrador de donaires de baja ralea!... Vive Dios que quien así se lo imagina, está muy lejos de entender, no digo ya al manchego misterioso, pero ni aún lo que es esta prerrogativa humana de la risa, que con sobra de malicia ponderó el exhuberante cura de Meudón: «Riez, riez; car le rire est le prepede l'homme».

Risa que no sin fundamento habrá de tomarse alguna vez como distintivo de las varias épocas vividas por el hombre; risa que en la antigüedad sonaba suelta y sin rebozo en bacanales y orgías, truculentas conmemoraciones de batallas y de triunfos; risa sin alma de

los pretendientes que a espaldas de Ulises se imaginaban vencer la fina constancia de Penélope; risa transitoria y sin ecos que se extingüía en sobreviniendo el sueño y pesadez del hartazgo; risa que no sobrevivió ni se inmortalizó sino cuando Aristófanes apuntó las íntimas y verdaderas causas de los afanes humanos, o cuando Luciano hizo palpable la inanidad de los mitos que gobernaban el mundo, lo revejido de su imperio y lo desueto de su autoridad; risa que no se oyó en la media edad como no fuera en las espaciosas y abumadas cocinas feudales donde el vocerío desenfadado de cazadores y de prepotentes, tan diestros en ardidés como huérfanos de escrúpulos, repercutía en las concavidades de la chimenea, hogar estrecho para los cuartos jugosos del jabalí bárbaramente empicado en las selvas y montes aledaños; risa que no era condimento sutil apto para aguzar el apetito de la inteligencia, sino una nota más en el rudo concierto que hacían las copas y tazones al entrechocarse, cargados de vinos rancios, perfumados con bravas resinas; risa que luégo enmudecía, supersticiosamente helada por el temor de un milenario fatídico y de los muchos fantasmas que a diario echaba de sí el mundo invisible; risa yerta e incommunicable que no pudiendo exorcizar los infinitos temores que se aposentaban en el universo, se coagulaba en los disformes gestos de la hórrida fauna que en relieves y gárgolas contraponía las hazañas pecaminosas de los mortales y la vindicta que acarreaban, engendrando con esto una sátira de increíble desesperanza que se confundía con la inexpiable tortura ultraterrena; risa que brotó en el Renacimiento, primero mansa y apacible, cuando las brisas helénicas desarrugaron el ceño adusto y reconcentrado de los hombres, sumidos por tanto tiempo en inapeables cuestiones, y ahora iluminados por la visión de la frágil hermosura que se encarnó en el mármol,

y por las ideas eternas que se hicieron voz en los divinos diálogos que tradujo Marsilio; risa que luégo se adelgazó cruelmente, como puede convertirse en daga buida y alevosa lo que fue espada franca y noble, y así mudada fue sarcasmo, fue irreverencia y fue ironía.

Cervantes quería, bien se adivina, que Don Quijote fuera un héroe de la risa, pero no de la que tiene su pábulo en los contrastes y desproporciones externas de las cosas, ni de la que responde a los desequilibrios directamente percibidos en el mundo sensible, más de aquella otra que prorrumpe en el santuario interior del hombre cuando se pára a considerar los vaivenes, los menoscabos y las alteraciones que transtornan el curso de la vida y apresuran o hacen patentes las revoluciones de los pueblos.

Y para compendiar esto en pocas palabras, parece me que donde hay desequilibrio hay causa de risa, pero ello puede suceder o en la esfera donde se mueven y emplean las fuerzas simplemente vitales, o en aquella otra donde bullen las ideas directrices del mundo. Lo primero engendra la risa de la Antigüedad, la de la Edad Media, la de Avellaneda, la de estas sociedades que movidas no sé si de innato pesimismo o de irremediables desengaños, van corriendo su derrota. Lo segundo produce la risa de Luciano o la de Erasmo, y entonces es malévola y corrosiva y demoledora; o la de Swift y de Cervantes, y entonces, pasado el primer ímpetu de regocijo, empieza a convertirse en contemplación acerada, que al fin se viste de sonrisas tal vez cargadas de tristeza crepuscular, anunciadora de «noches oscuras».

Si la idea de Cervantes se hubiera encogido y achicado conforme a lo que tantas veces declaró: «No ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías», tengo por seguro que hace si-

glos se habría deshecho la memoria y borrado la figura de Don Quijote. Sin necesidad de sus hechos ni de sus palabras, aquel género literario habría fenecido por sus pasos contados. Qué digo habría fenecido... agonizante, si nó muerto del todo, le halló Cervantes, de tal suerte que a ese su empeño, si lo tomásemos a la letra, podría aplicársele el cuentecillo de Palacio Valdés en que donosamente se refiere la hazaña temerosa y valentísima del hombre que mató un cadáver. A la sazón —dice Menéndez y Pelayo— «el género estaba muy postrado y decaído (16). Era imposible que el público no comenzara a hartarse de un género que, en medio de su aparente complicación, era la monotonía misma. En la segunda mitad del siglo XVI el cansancio se acentúa hasta el punto de que nadie se atrevió a continuar la fábula de Amadís (17). Triste y memorable ejemplo de lo efímeras que son las modas literarias, y más si se trata de obras de entretenimiento, destinadas a un pasatiempo fugaz, y no concebidas en las regiones superiores del arte!» (18).

En realidad, esas obras monstruosas y pedantescas, atropellando cada vez más los linderos de la verosimilitud, determinaron la agonía de las ficciones caballerescas, cuyo último estertor parece haber sido la historia de Don Policisne de Beocia. Impresa en Valladolid en 1602, la víspera, como si dijéramos, de la aparición de Don Quijote. Donde es de advertir que después de estas aventuras del hijo de Minandro y Gurrundela, no se encuentra ningún libro de caballerías original, ni reimpressiones apenas de los antiguos. Toda esta enorme biblioteca desapareció en un día, como si el mágico Frístón hubiese ejecutado en ella el mismo aniquilador encantamiento que desbarató la librería de Don Quijote (19).

No, no hacían falta los botes de su lanza para postrar la literatura caballerisca. Ella sola, por sí misma

y sin ayuda de vecino, tenía que venirse al suelo, intrínsecamente minada por sus desenfundadas invenciones, por su geografía fantástica y sus batallas imposibles; por sus desvaríos amoríos que oscilan entre el misticismo más descarriado y la más baja sensualidad; por su disparatado concepto del mundo y de los fines de la vida; por su abigarrada población de gigantes, enanos, encantadores, hadas, serpientes, endriagos y monstruos de todo linaje; por sus despojos y reliquias, mal zurcidos e inconexos, de todas las supersticiones del norte y del oriente.

Aún había otra causa, más íntima y quizá más esencial, que contribuyó a dar en tierra con toda aquella máquina de aventuras y sin que para ello interviniera la sátira de Cervantes. Porque es lo cierto que la tal caballería andante, la que sufrió el escrutinio del Cura, del barbero y del ama, era un género literario completamente exótico en España, donde sí hubo paladines y héroes, pero que nada tenían que ver con la fantasía que produjo las ficciones de Amadises y Esplandianes. Antaño hubo una caballería heroica, la de los «Cantares de Gesta», de carácter positivo y hasta prosaico en ocasiones; caballería unimismada con la historia, apegada a la realidad, avara de sus fuerzas ante los empeños quiméricos y pródiga de ellas cuando las solicitaban el rescate de la tierra natal y los lances de honra o de venganza. Caballería fue esa de extremada sobriedad y desnuda de ornamentos y arrequives, pero muy llena de viril sensatez y de reposada energía, ajena en fin a la pasión del amor platónico, principal impulso de los caballeros andantes. Y en suma, ni la vida histórica de España en la Edad Media, ni la primitiva literatura épica o didáctica que sacó de sus entrañas y fue expresión de aquella fiera y gravedad legendarias, aportaron elemento ninguno al género de ficción que persiguió Cervantes y que fue producto exclusivo

y adopción presurosa de las invenciones célticas y francesas que no llegaron a España sino después de haber corrido triunfalmente por Europa y que siguieron haciendo crugir las prensas tudescas, holandesas e italianas cuando en la península ya casi nadie se acordaba de la andante caballería.

De suerte que si al alborear del siglo XVI o al finalizar del XV cundió por toda España una afición vehemente y desapoderada hacia esta clase de narraciones y perseveró por espacio de cien años para desvanecerse luego definitivamente, ello se explica porque los sucesos políticos dieron influencia preponderante a los portugueses, muy amartelados de Inglaterra por aquellos días, y los favorecieron en su intento de trasladar a España, de un modo artificial y brusco, pero con todo el irresistible poderío de la moda, el ideal de la vida fastuosa, bizarra y galante de las cortes francesas y anglonormandas. Añádase a esto lo que importaron las gentes de Castilla que habían andado en Francia con Don Enrique el Bastardo, y el contagio de gustos extranjeros que sembraron a su paso los aventureros seguidores del Príncipe Negro, y tendremos la clave de la difusión de los antojos caballerescos y el fundamento de aquel apetito de fantasías y maravillas que no urgió al pueblo llano, pero que, avivado por el favor de las damas, informó prestamente las costumbres cortesananas, entretuvo a príncipes y señores, dió ánimos a los palaciegos atildados, y multiplicó sin duelos las más sutiles y las más burdas formas de la galantería (20).

Pero todo ello no fue de más consistencia que una teleraña cuando apuntó el renacimiento y palidieron los últimos resplandores de la Edad Media. Una era nueva comenzó a perfilarse y la vida, desgarrándose de las sobrehumanas certidumbres que a pesar de todo la mantenían en una esfera de ideales tan altos como in-

discutibles, sintió que entraban a esta liza terrena, otras realidades, y que era menester enfrentarse con nuevas cuestiones y problemas. Ellos y ellas no nacieron inopinadamente; escondidos se hallaban y como en germen en la historia de los siglos anteriores; algunos prudentes y avisados habían columbrado lo que sobrevendría, pero como sucede fatalmente, nadie hizo caso de estas gemebundas Casandras cuando pronosticaban, y nadie se acordó de ellas cuando vinieron a certificar sus vaticinios los arrestos de la crítica, los conatos invencibles de la ciencia experimental, la perturbación de la conciencia religiosa, el descubrimiento de la otra mitad del planeta, los valores comerciales que impulsaron la voluntad conquistadora de los hombres por rumbos distintos de los que enantes la agujoneaban, la hermosura antigua que saliendo de su enterramiento secular trágicamente mutilada, le traía al mundo una lección de serenidad y de medida, más accesible y más humana que cuando resplandecía íntegra y sin pátina bajo los cielos helénicos; la razón, en fin, que después de haberse ejercitado tenazmente en el inagotable PORQUÉ, empezaba ahora a divagar con ansiedad y angustia, espoleada por esta otra pregunta ¿PORQUÉ NÓ? Con tales asuntos para ocupar la mente, con tan espléndidos motivos históricos como el siglo XVI presentaba, ¿cómo no habían de parecer pequeñas en su campo de acción, pueriles en sus medios, desatinadas en sus fines, las empresas de los caballeros andantes? Tal dice Menéndez y Pelayo (21), y agrega con exquisito buen sentido: «Lo que había de transitorio en aquel ideal caballeresco se caía a pedazos, y por sí mismo tenía que sucumbir, aunque no viniese a acelerar su caída la suprema y trascendental síntesis humorística de Cervantes».

De él y de su libro, ya lo veís, puede decirse sin irreverencia ni exageración que «mataron un muerto».

Cervantes con el alma cándida e ingenua que suelen tener los hombres verdaderamente grandes, tenía que sentir cierto infantil regocijo cuando, rematando el Quijote, se declaraba «satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, pues por su obra iban ya tropezando y sin duda alguna caerían del todo los libros de caballerías». Pero muy otra fue la verdadera hazaña del incomparable novelista.

Esto sin contar con que anticipándose a Cervantes muchos autores famosos se habían desatado contra los tales libros. Historia por cierto extremadamente curiosa y llena de enseñanzas la de esta impugnación que se proveyó de las mejores y más firmes armas contra la vanidad de los libros de caballerías. Del riquísimo arsenal de las buenas letras, de la religión, de la moral y de la política sacaron aquellos varones autorizados y prudentes todos los argumentos oportunos y a su parecer invencibles, que hacían al caso para extirpar de la república cristiana la perniciosa caterva de ficciones caballescacas cuya lectura traía desconcertadas las cabezas y relajadas las costumbres. A mayor abundamiento y para que el peligro se acrecentara, la imprenta hacía llegar a todas partes y con notable comodidad esos frutos de tanto liviano entendimiento como en aquellos días cuidaba de convertir en industria y granjería la insensata avidez de los lectores.

Y como siempre ha sucedido, los moralistas de aquel entonces se dividieron en dos bandos: uno el de los que discurrían sobre las verdaderas causas del estrago que contempñaban, otro el de los que acudían a la corrección inmediata de los siniestros que les saltaban a la vista. Los primeros no remediaron nada, porque engolosinados con el deleite de la investigación, nunca pudieron llegar al origen primero del mal, ni a la fuente precisa donde había que aplicar la corrección decisiva,

radical y perentoria. Los segundos tampoco lograron nada, porque sus loables esfuerzos y ardimientos se malgastaron en curar las deformidades y llagas externas que apenas eran un síntoma de la ponzoña que destemplaba el organismo social. Los unos hacían oficio de filósofos y los otros de curanderos; aquéllos echaban de sí máximas sapientísimas de que nadie hacía caso, a veces por lo muy evidentes y a veces por lo muy profundas; los otros pensaban acabar con las miserias contemporáneas, ora acribillándolas con la artillería de la invectiva apocalíptica, ora sacándolas a la vergüenza pública con pregones de vituperio, cuándo haciendo apelación al brazo secular para que pusiera coto a las demasías y aún a los simples escarceos de los escritores, cuándo poniendo mano a la composición de otras novelas de caballerías que por ser «a lo divino» debían de rectificar el gusto y enmendar la afición de los infinitos lectores de caballerías «a lo humano».

Tocante a los moralistas filósofos ninguno habló mejor que el Canónigo de Toledo, cuyas pláticas a la vera de la jaula en que iba encerrado Don Quijote la segunda vez que volvió a su lugar, parecen compendizadas por el propio Luis Vives en aquella famosa acriminación que ilustra su tratado «De institutione foeminae christianae» (22). Y antes que el poderoso Vives, había escrito el maestro Alonso de Venegas en 1546 esta definición de los libros de caballerías: «Sermonarios del diablo, con que en los rincones caza los ánimos de las doncellas», y luégo añadía con celo de reformador: «Vemos que veda el padre a la hija que no le venga y le vaya la vieja con sus mensaj-s, y por otra parte es tan mal recatado que no le veda que leyendo Amadises y Esplandianes, con todos los de su bando, le esté predicando el diablo a sus solas; que allí aprende las celadas de las ponzoñas secretas, de-

más del hábito que hace en pensamientos de sensualidad, que así la hacen saltar de su quietud como el fuego a la pólvora» (23).

Y otros muchos se anticiparon medio siglo a Cervantes en la condenación de los libros de caballerías. Alonso de Fuentes dice en 1547:..... «en el más acendrado libro destes, qué se trata, dexando aparte ser todo fábulas y mentiras, sino que uno llevó la mujer de aquél y se enamoró de la hija del otro; cómo la recuestaba y escribía, y otros avisos para los que están acaso descuidados?» (24). Para el gran hebraizante Arias Montano son los tales libros: «Partos de ingenios estúpidos e inmundicias recogidas para perder el tiempo y estragar las costumbres de los hombres» (25). En 1539 el atildadísimo Antonio de Guevara quiere «que se mande por justicia que no se impriman ni se vendan, porque su doctrina incita la sensualidad a pecar y relaja el espíritu a bien vivir» (26). He aquí finalmente al devoto Malón de Chaide que en 1601 estima oportuno «si la honestidad del término lo sufriera, que se trastocasen pocas letras y se llamasen mejor libro de bellaquerías que de caballerías» (27).

No son como véis nada blandos los moralistas de aquel tiempo, ni gastan muchos miramientos al proscribir la literatura caballeresca, amén de la bucólica y de la lírica profana (28). Lo cual podría inducirnos a creer que en pueblo tan profundamente cristiano y tan fundamentalmente devoto como se dice que fue y ha sido siempre el español, esos dictámenes, esas sentencias y esas invectivas sazonadas con su buena porción de donaires, y afianzados en temerosos argumentos de moralidad, serían el más eficaz antídoto y la triaca perentoria contra el pernicioso escándalo que denunciaba el ilustrísimo Guevara, obispo que fue de Mondoñedo y predicador de Su Majestad, con estas palabras: «Vemos que ya no se ocupan los hombres sino en leer

libros que es afrenta nombrarlos, como son Amadís de Gaula, Tristán de Leonís, Primaleón, Cárcel de amor y Celestina» (29). Cuando así hablaban Vives, Melchor Cano, Malón de Chaide, Arias Montano, Alonso de Fuentes, Alonso Venegas y Cervantes de Salazar, para no nombrar sino a los más insignes y acatados, qué de reformas, qué de mutaciones, qué de enmiendas, y qué de conversiones no habrían de seguirse en aquel pueblo que tantas veces hemos oído ponderar como prototipo de sumisión amorosa a todo lo que traía el sello de la religión y de la autoridad! — Grande era la que tenían los predicadores y maestros citados, suficiente y más que suficiente para desprestigiar los libros de caballerías y arruinarlos en la estimación de unas gentes que dieron el singular modelo del «cristiano viejo», del católico «a machamartillo» o «chapado a la antigua»..... Pero nó, tanta doctrina fue baldía y a ella como a otras muchas cosas, le aplicaron los peninsulares el conocido axioma que ese sí es genuinamente español: «se obedece pero no se cumple».

Aun cuando, para ser justos, hay que confesar que los moralistas sí consiguieron algo. No quiero decir que el Santo Oficio hiciera caso de sus representaciones y pedimentos, porque ni un solo libro de caballerías se encuentra prohibido en el índice expurgatorio del Cardinal Quiroga que es el más completo del siglo XVI; tampoco les prestaron oídos los legisladores civiles, y por eso siempre fueron los tales libros objeto de público y libérrimo comercio en la península. El triunfo de los moralistas que los perseguían data del 4 de abril de 1531, día memorable en que una Real Cédula, confirmada por otras posteriores, «prohibió pasar a Indias libros de romances, de historias vanas o de profanidad, como son de Amadís e otros de esta calidad, porque este es mal ejercicio para los indios e

cosa en que no es bien que se ocupen ni lean». Cualquiera puede figurarse a los indios muy atentos a emular las proezas, los amoríos, las finuras y los empalagos de Don Cirongilio de Tracia, a tiempo que ellos mismos vivían esas aventuras y corrían a esa «destrucción» que trató de pintar Fray Bartolomé de las Casas!.... ¡Pobres indios, que a pesar de tantas buenas providencias como en efecto se acordaron en España, vivieron y murieron de tal suerte, que sin haber leído Cirongilios, Florismartes ni Palmerines, e ignorándolo todo a cerca de Pentapolines y Astrapolos, justificaron la frase de Montalvo: «Si mi pluma tuviera el dón de lágrimas, escribiría la historia del indio y haría llorar al mundo».

Ladeándose con los moralistas, hicieron armas contra los libros de caballerías aquellos piadosos varones que se inspiraron en una máxima tan socorrida en esos tiempos como en los presentes y tan falsa entonces como ahora. Persuade ella que al enemigo ha de combatirle en su propio campo y con sus mismas armas, y obediéndola con buena intención y pésima literatura, salieron a justar con la ralea de Amadís en el palenque de la afición reinante, unas novelas que por de fuera remedaban caballerías, y por de dentro y en el fondo, pretendían ser obras morales y ascéticas revestidas con el manto de la alegoría; género frigidísimo y plúmbeo, condenado a perpetua esterilidad en los dominios del arte, y que según advierte Menéndez y Pelayo «jamás podrá ser confundido con el símbolo vivo, último esfuerzo de la imaginación creadora». Pasemos aprisa delante de estos desatinos tan presuntuosos como ingenuos, que no sólo fueron mirados con la mayor indiferencia, sino que se acarrearón la temible censura de Cervantes, quien condensó en pocas y muy sesudas palabras el juicio que merecieron de sus lectores en el siglo XVI y del sentido común

en todo tiempo, aquellos piadosos caprichos: «Los libros de pasatiempos —decía— no tienen para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento». ¡Lástima grande que la máxima cervantina no se haya aplicado a muchas otras empresas mas descabelladas quizá que la de los libros de caballerías a lo divino!

Y para que todo les fuera adverso y nada pudiera consolarlos de su derrota, hé aquí que el Santo Oficio que mostró una indulgencia inexplicable con esotras ficciones demasiadamente profanas y hasta pecaminosas, se apresuró a mostrar ceño y a tratar con desusado rigor la absurda «caballería celestial» de Jerónimo de San Pedro, obra representativa del género, dividida en tres partes: «Pie, hojas y flor de la rosa fragante», rosa sin ventura, porque la inquisición, alarmada con las inauditas sandeces que componían el pie y las hojas, dió con él y con ellas en el índice condenatorio, y atajó el florecimiento de la irreverente y candorosa alegoría.

Ahora si preguntémosnos quién acabó con los libros de caballerías? No fue Cervantes porque su obra se publicó a principios del siglo XVII cuando ya iban de vencida y estaban tocados de muerte; no fueron los escritores que se ensayaron vanamente en desabridas alegorías porque su labor no cosechó sino menosprecio; tampoco fueron los predicadores tonltruosos, ni los graves y doctos moralistas cuyos razones y cuyas invectivas apenas dejaron huellas literarias y no alcanzaron a conmover ni los escrúpulos del Santo Oficio, ni el celo de las autoridades civiles. Fue la VIDA la que desquició para siempre aquella máquina de soñadas invenciones «en el estilo, duras; en las hazañas, increíbles; en los amores, lascivas; en las cortesías, mal miradas; largas en las batallas; necias en las

razones, disparatadas en los viajes, y finalmente, ajenas de todo discreto artificio y por eso dignas de ser desterradas de la república cristiana».

Pero, y qué es esa vida que así ahuyentó las portentosas quimeras que fueron pasto común y deleitable de los españoles durante más de un siglo? Yo veo y juzgo esta vida, energía espontánea y conservadora, que bulle en cada ser humano y regida por él va conduciéndolo por caminos de responsabilidad a fines desdichados o venturosos. Pero veo, más allá, una masa confusa y un torbellino de existencias, veo la humanidad, nublado inmenso en que se suman todas estas vidas individuales sin confundirse con ellas, antes sometiénolas y como sojuzgándolas a planes ignotos; veo el turbión humano ensanchándose o encogiéndose sobre la haz de la tierra, agobiando hoy unas comarcas con frutos de divinas ideas, y desamparándolas mañana para que otras tierras y otros siglos prueben las lozanías y las pesadumbres de la prosperidad; sembrando aquí paz fecunda y allí letal marasmo, prodigando en una época resplandores de ingenio y lloviendo en otra lodo amasado con lágrimas y sangre; recogiénose a veces al silencio de la mudez ignara, y más veces perturbando el mundo con el otro silencio preñado de aménazas; ilustrando con promesas de afianzamiento sistemas e hipótesis, modas y aficiones, cálculos e intereses, leyes y doctrinas, que otro día aventará como pavesas despreciables.

Y esa es la vida que desdibujada y conjeturalmente va registrando la historia, vida sobremanera distinta de ésta que nos da personalidad, porque allá no interviene o interviene muy relativamente el albedrío de los hombres.

Como se agitan y discurren en el seno de una polvareda miles y miles de menudísimas partículas cuyo movimiento no influye en el ir y venir de la nube entera

que el viento alza, impulsa y esparce; como las rotaciones y choques atómicos se realizan en los últimos escondrijos de la materia sin modificar ni alterar los vaivenes, traslaciones y vicisitudes que afectan a toda la masa; así vamos los hombres cumpliendo nuestros propios destinos dentro del inmenso remolino de la humanidad, insensibles al ritmo providencial que la impulsa, impotentes para perturbarlo e ignorantes de las normas soberanas que lo miden, y que, a fuerza de ser inaccesibles y oscuras, llegan a parecernos fatales.

Así me imagino que difieren la vida del hombre y la vida de la humanidad. Entender la una no es entender la otra; hacerse cargo de que las dos se hallan íntimamente trabadas, no es conocimiento que habilite a nadie para deducir de los acaecimientos personales las leyes que moderan toda la aventura humana. Para eso sería menester que la razón pudiera seguir hasta el cabo las consecuencias de cada uno de nuestros actos, cosa tan imposible como seguir con los ojos un rayo luminoso hasta el extremo límite en que pueden parar sus vibraciones, o como percibir con el oído la postrema remotísima onda que engendrará en el universo el tañer de una música. Y no tienen alcances tan largos nuestras potencias, capaces cuando más de comprender y de sentir ordinariamente los efectos más inmediatos y caseros de la actividad que ellos mismos desatan. Pero más allá.... más allá de este círculo en que estamos confinados, sigue a hurto nuestro, propagándose la energía que pusimos en libertad con una palabra, con un acto, con un gesto. ¿A dónde llegará y cuándo parará? ¿Cómo se mezclará mientras va caminando, con otras energías también humanas? Lo único cierto es que de tal suma y combinación, sumamente real pero imposible de prever, resulta al fin y al cabo eso que yo he llamado la vida de la humanidad y que, por singular paradoja, nace en nosotros al imperio de este

albedrío que poseemos, escapa muy luégo a nuestro imperio, y va a condensarse en las lejanías del tiempo y del espacio, para volver de allá como cerrazón pujante y dominante, que no sólo envuelve y arrebatara forzosamente a los hombres, sino que les muda los entendimientos, les trueca los amores y aficiones, les quiebra las voluntades, les tuerce las fortunas, les cambia los incentivos y los aguijonea por sendas y caminos desusados. Por lo cual me imagino yo que Fray Luis de Granada dijo que en esta universal naturaleza «todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento».

Y antes que él, la India había pensado que la vida de cada hombre no es sino la conciencia de un instante de estabilidad dentro del incesante giro en que se revuelve la «Rueda de las cosas».

Sin salirnos de la jurisdicción de la literatura, es obvio que nunca faltarán los que meditando sobre aquel instante, sean capaces de allegar materiales para una obra de arte primorosa y duradera; pero siempre serán muy raros los que, traspuestos los límites de la vida inmediata, ponen su blanco en este revolverse de la humanidad que ahora desestima por ruir y caduco lo que en otra época exaltó por exquisito y vigoroso, que hoy reconoce como estéril lo que ayer apellidó fecundo, y que en trágicas o risibles alternativas, cada vez más frecuentes, anuncia la derrota de muchas cosas que enantes se estimaron por sustanciales e indestructibles. Percibir ésto, y hacerse cargo de esa vida de la humanidad, es atributo señaladísimo entre los varios que definen el genio. Para él está guardada la empresa de traspasar los linderos de lo contemporáneo, de subir hasta el peligro del despeño, de amar los precipicios y pasar la raya señalada por los maestros ordinarios, de trascender las leyes comunes de su arte, hurtarse al ordinarío y vulgar modo de decir, y hacer senda y

estrada por la celsitud de las cumbres o por la aspereza y dificultad de los desvíos.

Y no quiero demorarme más en esta consideración de la vida y de sus mudanzas, tema episódico introducido aquí para explicar lo que verdaderamente causó la ruina de los libros de caballerías. Diréis probablemente que en vez de explicación estoy proponiendo un lugar común de los más asendereados y enojosos, porque no hay quien no traiga de continuo en los labios esa mención de las vicisitudes humanas. Y yo os responderé que esa es la mejor prueba de que ahí se encierra una idea central, simple y profunda como todas las verdades fundamentales. En esa idea se encastillaron ascéticos y místicos para multiplicar lecciones de saludable desengaño y de heróico desasimiento, que enderezasen los pasos nuestros por el camino de la preparación espiritual; a esa idea le dió cuerpo en remotísimas edades la deidad indostánica cuya danza exprime los vaivenes del *sér* y del *no sér*; y esa es finalmente la idea que me parece embozarse en la escueta y dolorosa realidad de este lamento de Don Quijote: «Yo, Sancho, nací para vivir muriendo... Y porque veas que te digo verdad en ésto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas; y al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeados y merecidos por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces.....» (30).

Las interpretaciones que se den de la novela cervantina podrán ser atinadas o no, pero nunca ha de faltarles honradez, y ella pide primeramente que el comentador diga cómo entiende o se imagina la composición del libro. Si no estoy equivocado, ese debe ser

el comienzo de la glosa y el principio del conocimiento.

Urgido por los azares de una vida trashumante e incierta, en que el sobresalto de las aventuras y la tribulación de los desengaños no solían tener lastre de sosiego abastecido, Cervantes escribió para lograr protección y sustento. Aquella la negociaba (31) con elegantísimas dedicatorias a los príncipes favorecedores de las buenas letras; y por lo que toca al sustento, unas veces lo procuraba entregando sus obras a quien «se las pagara razonablemente» (32); y otras hallándose enfermo y «muy sin dineros» los recibía del gran Conde de Lemos con cuyos favores y mercedes se estimaba «por más dichoso y más rico que si la fortuna por camino ordinario le hubiera puesto en su cumbre» (33). Traía por entonces alborotada la república de las letras alguna grave contienda sobre los libros de caballerías; veíalos Cervantes «aborrecidos de tántos y alabados de muchos más» (34), y terció en la disputa con ánimo de derribar esa literatura mal fundada, escribiendo una «historia» que por lo festiva y maliciosa contentara a tirios y a troyanos, «móviérase los melancólicos a risa, la acrecentara en los risueños, no enfadara a los simples, fuera por la invención admirable a los discretos, no la despreciaran los graves, ni dejaran de alabarla los prudentes» (35). Cervantes aprovechó la ocasión para conquistar la bienquerencia del público y el amparo de los grandes a poder de gracia, de ingenio y de sonora llaneza en el lenguaje; pero yo no sé si verdaderamente confiaba en que saldría con victoria de esta empresa. Don Quijote no le mereció alabanzas ni predilecciones como el gran Párrisis (36), ni apologías de tanta seriedad y filosofía como la Galatea, ni recomendaciones tan eficaces como las que preceden a las novelas. Contrastan asimismo la eru-

dición sesuda y grave que adorna el prólogo de los Entremeses y el prefacio burlesco de la primera parte de Don Quijote contra los pedantes bachilleres que presumen de su mucha doctrina y andan buscando autores que digan lo que por sí mismos no pueden decir ellos. Cervantes y sus amigos (37), no soñaron que Don Quijote «llegara al extremo de bondad posible», ni que, «fuera el mejor libro de entretenimiento escrito en nuestra lengua»; guardaron tales ponderaciones para Párrisis y Sigismunda, y a Don Quijote apenas le quedó el encargo de calzarse las espuelas para ir a besar los pies de Don Pedro Fernández de Castro (38), aun cuando a esas horas ya llevaba la palma a todos los caballeros andantes (39), y era su trato codiciladísimo de los pajes (40) y de todas «las gentes a cuya noticia había llegado con gusto y beneplácito así en España como en los extraños reinos» (41).

De otra parte, no me allano a creer que Cervantes viera a Don Quijote desde el principio tal como vino a mostrarse al fin de la obra donde su personalidad simbólica es tan poderosa y tan viva y tan segura de sí misma que desafía hombres y demonios a que se la trastruequen o menoscaben (42). El héroe que vencido y a las puertas de la muerte afirma soberbiamente: «No hay otro yo en el mundo», no es el mismo que una mañana salió al campo por la puerta falsa de un corral; aquí, cubierto el rostro con visera de papelón iba desvanecido en pos de necias aventuras, provocando la risa de las mozas; allí, depuestos los arreos y las ilusiones que un día le trastornaron, hechiza la fantasía y el pensamiento de infinitos lectores con la sabiduría desengañada que se le rebalsó en el alma y puso resplandores en su triste figura.

Posible es y hasta probable que Cervantes no quisiera escribir sino un cuento o novela por el estilo de «Los Ejemplares»; así me lo persuade el hecho de que

Don Quijote no fue dividido en capítulos sino muy a la postre y cuando la narración iba muy adelantada (43). Ni me parece imposible que toda la sátira se redujese, en su primer estado, al proceso de la locura de Don Quijote, su primera salida con todo aquello de la venta y de la armazón de caballería (44), y dos aventuras en que sucesivamente queda el ingenioso hidalgo victorioso como desfacedor de agravios y sinrazones y cobardemente apaleado por un mozo de mulas. Brumado y maltrecho llévanle a su casa donde parientes y vecinos le acogen maldiciendo una y cien veces los libros de caballerías que tal le pusieron. Para completar el cuento y rematarlo con lección y moraleja competentes, era muy del caso que se siguiera el escrutinio de la librería y que Cervantes hablando por boca del Cura condenara unos volúmenes a las llamas, perdonara otros e hiciera la crítica de todos. Donde es de notar que la ojeriza de Cervantes contra la literatura caballeresca no fue tan violenta ni tan decidida como algunos piensan y como él mismo, no obstante ser autor de *Pérsiles*, nos lo asegura varias veces. Nó; muchas son las salvedades, contemplaciones y alabanzas con que trata el Cura a los tales libros de aventuras, y si en esta ocasión usó con ellos de mediano rigor, otro día hablando con el Canónigo, les reconocerá sin ambages una cosa buena y es el sujeto que ofrecen para que un buen entendimiento «pueda mostrarse épico, lírico, trágico y cómico con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria» (45). ¡Y todavía hay quien se agote para demostrarnos que la única interpretación auténtica de Don Quijote es la que no le deja otro oficio que el de traducir la saña vehemente de su autor, atentísimo a postrar un determinado género literario!.... Si Cervantes pensó de esta manera, allá él con sus pocas ambiciones y con sus

desdichas grandes (46), que no le dejaron ver cómo, al enfrentarse el sol del entendimiento con el hidalgo cabalgador de Rocinante, se alargaría la sombra dominadora del gran meditaundo hasta los últimos linderos de la historia.

La hoguera que consumió los libros de Don Quijote debía ser pira donde también se consumiera su locura y concluyeran sus andanzas. Creyeronlo así el Cura y el barbero, el ama y la sobrina; me imagino que también lo creyó Cervantes y que ya estaba para ponerle punto final a su novela, cuando comenzó a darle voces Don Quijote: ¡Aquí, aquí, valeroso caballero, aquí es menester que otra vez me sirvas de cronista; engañaste pensando haber engendrado un personaje de esos que tienen colgada la vida del hilo de una narración, y que no pudiendo salirse de las páginas de un libro, se desvanecen al punto en que se cierra. Antojadizo nací y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno: por lo cual resuelvo ir a ponerlos por obra buscándome otras aventuras. Vénte, pues conmigo y acompáñame de manera que por luengos siglos se diga que '¡yo supe obrar y tú escribir!'

Dios sabe si Cervantes entendió en esta sazón con quién tenía que habérselas. ¿Sería Don Quijote uno de los Doce Pares?... ¿sería Reinaldos de Montalván.... (47). Mientras esto se aclaraba, convenía dejar que Don Quijote anduviera por su casa a tienta paredes, buscando el aposento de sus libros o solazándose por espacio de quince días con sus dos compadres el Cura y el barbero. Al fin comparece Sancho Panza, y una noche sálense del lugar, bien decididos el uno a ganar la prometida insula, y el otro a ser el primero que en tan calamitosos tiempos se pusiera al trabajo y ejercicio de las andantes armas (48).

Un encuentro fantástico, el de los gigantes que luego resultaron ser molinos, el fácil vencimiento de los

frailes y la rigurosa contienda con el vizcaíno debían concluir lo que Cervantes imaginaba como primera parte de Don Quijote (49, 50). Pero la vida que atesoraba el héroe (51) pedía mayores aumentos y su cronista los preparaba introduciendo aquí la consabida digresión sobre los orígenes misteriosos, sumidos de ordinario en sombras de legendaria antigüedad, y descubiertos por caso fortuito o milagroso, con que solían autorizarse los libros de caballerías (52).

Parodia de estos artificios arqueológicos que por buenas razones fueron entonces y, mudados en sabia erudición, han sido y serán siempre manjar deleitable para los literatos y los anticuarios, es la intervención de Cide Hamete Benengeli y de su intérprete el morisco. Con ellos lograba Cervantes el asidero que había menester para justificar la enmienda del plan original y engarzar en él nuevas aventuras que alargaran la historia «bien casi dos horas para gusto y pasatiempo del que con atención la leyera» (53).

Pero no obstante el socorro del historiador arábigo, Don Quijote y Sancho como que no acaban de mostrar lo que son en sí mismos. El largo episodio de los cabreros y el de Marcela tejen alrededor del héroe no sé qué velos y cendales de poesía bucólica y de retórica pastoril que disimulan los rasgos inconfundibles que luégo, con creciente nitidez, van particularizando la gran figura. No de otra suerte la niebla, aposentándose sobre montes y valles esparce vaguedad e incertidumbre que trastruecan el paisaje y le roban limitación y consistencia. Y así mismo Don Quijote vacila y se esfuma mientras discurre sobre la edad dorada, se nos ahuyenta mientras suenan las músicas y lo romances de Antonio, se nos olvida por atender a las cultas de Crisóstomo, torna a mostrarse disertando grave y reposadamente sobre su vocación andantesca y sobre los

quiméricos atributos de su dama, y de nuevo se nos pierde, se acoge al silencio y abandona la escena para dar lugar a que se hagan los funerales del pastor, que si trajeron lágrimas a los ojos de los circunstantes, también les pusieron en los labios, y aún en los del difunto (54), una abundantísima copia de finuras, discreciones y agudezas a más no poder cultas y conceptuosas, aun cuando muy ajenas a las malaventuras del hidalgo.

Desde aquí hasta Sierra Morena campea él solo y como quien es, y Cervantes lo sigue desembarazadamente de manera que va conquistándole en los lectores honda amistad y entrañable inteligencia que presto quedan aseguradas y cobran a cada paso más firmeza. ¿Lo sintió así el autor, o, cosa no improbable, temió que la presencia continua de dos personajes sin intriga qué proseguir, sin enredos que deshacer y sin nudos qué soltar, produjese al cabo monotonía en el relato y cansancio en las mentes? O sucedería más bien que sin saber todavía a dónde iban, ni en qué y cómo rematarían Don Quijote y Sancho, resolvió hacer otra pausa por el estilo de las de Cide Hamete y los cabreros, mientras se esclarecía el propósito de la novela, como diría él, o mientras le arrebatava en pos de sí el Gran Señor de las Tristezas, como me atrevo a pensar yo? Meras conjeturas son éstas que quizá ayuden a entender por qué se demora Cervantes contando por menudo las soledades y desdichas de Cardenio el Roto, y porque, algo más adelante, nos deja en suspenso mientras el Cura lee la historia de aquella desatinada e impertinente curiosidad que les costó la vida a Anselmo, a Lotario y a Camila. Ni paran aquí las dilaciones de Cervantes, porque ya en la venta y avicinándose la catástrofe con que se cierra la primera parte, Don Quijote deja por dos veces de ser tema central y casi se

convierte en motivo secundario o en acompañamiento ocasional de una sinfonía de amores, cautiverios y encuentros en que el ingenioso caballero y su locura diserta y bizarrísima se desvanecen y dejan el teatro ventileril en poder de Zoraida la Mora y de Don Luis el gentil mozo de mulas, que por amor a Doña Clara iba siguiéndola como el marinero a las estrellas y —no lo extrañéis— como Cervantes a Don Quijote. Y digo ésto porque Cervantes hablando de su obra podría con rara exactitud hacer suyo el romance de Don Luis a su dama: «Yo no sé a dónde me guía— y así, navego confuso,— el alma a mirarla atenta,— cuidadosa y con descuido» (55).

En resolución, es muy creíble que a Cervantes «le costara algún trabajo componer esta primera parte», y que al ordenar su traza le aconteciera lo mismo que cuando disponía la prefación: «Muchas veces —dice— tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiría». Lo cual bien puede alegarse para confirmar el pensamiento de Rodríguez Marín: «Así, a retazuelos, y por lo que toca a la primera parte, creció el libro profano que más ha deleitado y deleita a los hombres» (56).

Se dirá tal vez que en la segunda parte Cervantes fue también asaltado por vacilaciones e incertidumbres que le dejaban «suspense, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla» (57), pensativo además porque no columbraba a derechas las rutas que seguiría Don Quijote, ni el fin de su carrera, ni el amaestramiento general que con su vida y con su muerte habría de encomendar a los venideros. Y no me rindo a esta hipótesis porque entre la primera y la segunda parte mediaron diez años quiero decir un período entero de la existencia, que sobre ser el último, estuvo lleno de esas pesadumbres y de esos afanes tan estériles como prosaicos que fue-

ron llevándole de congoja en congoja y de laceria en laceria hasta dar con él en la sepultura. ¡Los diez años postreros de Cervantes!... El brío y desenfado de su vida inquieta y azarosa han tenido tiempo de sobra para acendrarse y echar de sí aquella sabiduría reconcentrada que no suele ser sino la quinta esencia del desengaño; al fruto primero henchido de sustancia lo enjutan las intemperies de la suerte adversa y la lumbr penetrante de los astros yertos que se levantan sobre los caminos de la senectud; el jugo se reduce y condensa, pierde acerbidad, aquilata sabores y perfumes, y llega en fin a la perfecta madurez que se conserva para común beneficio de los hombres. Semejanza trivial e imperfecta de esotra mutación que percibimos en la segunda parte del Quijote donde cesan las aventuras imaginadas de todo en todo por el andante paladín y se multiplican las que intencionalmente le ofrecen sujetos de varia candición; donde el caballero de lo Ideal alterna con la malicia empecatada y torticera más que con la franca simplicidad de los rústicos; donde, como si no bastase su propia locura para engañarlo, sobran los engañadores oficiosos; donde la realidad que enantes contrastaba sin disfraces a la ilusión, se viste de ilusión para vencer y reducir a Don Quijote; donde, finalmente, su tránsito apacible no es sino un instante de quietud y de silencio en que se desgarran y emancipa del alboroto humano, eso que nunca habitará a sus anchas en la tierra: la idea pura, imperturbable, soberana. ¡Bendito sea Alah! —digamos aquí con Cide Hamete— porque desde este punto podemos hacer cuenta que comienzan las verdaderas hazañas y donaires de Don Quijote y, olvidados de sus pasadas caballerías, ya no tenemos ojos sino para las que están por venir! (58).

Este largo preliminar merece excusa porque no es sino la confesión de mi flaqueza ante el empeño de

mostraros lo que he creído ver en Don Quijote. Por temor de desacertar en la idea y de no saberla expresar con el decoro competente, he divagado y me he entretenido—quiera Dios que sin fastidio vuestro— por los ale-
daños y vecindades del asunto. Así buscan rodeos los que teniendo que avistarse con un personaje de cuenta, muy calificado por su poderío y entendimiento, no acaban de resolverse a darle el rostro, y ponen todo el conato en darle largas a la entrevista. Yo, señores, también he procurado dilatar el instante en que he de verme cara a cara con Don Quijote, mas viendo que está para cumplirse el plazo de este encuentro, voy a a él confiado en la magnanimidad del caballero sin segundo y en el acogimiento benévolo que vosotros me haréis. Y nadie me tilde de presuntuoso, porque es bien sabido que no hay indulgencia comparable a la de los maestros en cuyos blasones se abrazan la bondad con el ingenio.

«En un lugar de la Mancha» había, siglos ha, una casona de alero angosto, ventanucas a modo de saeteras, amplísima reja bien amparada por su tejado voladizo, y gran marco de cantería, encaje señorial de una puerta de muchos herrajes y estoperoles. Más allá del portal, el zaguán nos acoge con tufaradas de humedad, y la quietud amodorrada del pueblo, trascolándose por los muros y por las maderas, trae a la casa el silencio sutil en que se envuelven las divagaciones de la mente y las soledades del alma.

Soleado y escueto se muestra el interior: aquí una tinaja, allí algunos arreos de cabalgar; y por ahí, medio escondida, la escalera de robusto barandaje y pedañes espaciosos: diríase que están hechos para que al subir o al bajar se puedan hacer holgadamente muchas estaciones y pausas al compás de una conversación tranquila o de un razonamiento lleno de cortesánias y galanuras. La vida y el tiempo pusieron acá

sobre todas las cosas el signo de la quietud y el reposo; y a nadie se le ocurrirá pensar que los techos de viguetería descubierta hayan abrigado emociones o sentimientos que no sean los tradicionales e inmutables que se arraigan confusamente en un pasado mal definido y no cuentan con los trastornos y sorpresas del futuro. ¿Oís cómo arrastra las chancletas el ama, que con táticos y atentados pasos va camino de la cocina? Un rato después vendrá hasta nosotros el tufillo del salpicón y los torreznos que están acabando de sazonnarse. ¿Percibís, tras de una puerta, el ruido que hace una persona meneando aprisa los palillos de tejer? Es la sobrina que entretiene sus diez y nueve años haciendo randas y más randas. Dejémosla ahí con su tarea, y aún con alguna imagen de lo que bien quiere (59) y de vez en cuando se le refleja en el pozo de la fantasía; vámonos corredor adelante en busca del dueño que a estas horas de seguro tendrá entre manos alguna labor de esas que son curiosidad y no fatiga; por lo que de él sabemos (60) no sería raro que le hallásemos labrando una jaula con gran primer y curiosidad. Pero escuchad ahora un relincho desmayado y luego un ladrido no muy entero que traen a la memoria el pesebre, el hato y el corral, y que acentúan pero no quiebran el sosiego de la casa, antes nos hacen aguzar los sentidos en demanda de otras señales de vida. Mas como vuelve a bruñirse la superficie del pantano después que la estremece el caer de una pluma perdida, así se reintegra el silencio aposentado en el viejo caserón. y solamente de tarde en tarde viene a turbarlo el roce de las hojas de un libro que alguien repasa con tesón, o el golpazo seco de un infolio que se derrumba inopinadamente.

Porque en esta casa se lee mucho. Años antes, su amo y señor que era alto de cuerpo, seco de rostro,

enjuto de carnes, avellanado de miembros, entrecano, la nariz agulleña y algo corva, de bigotes grandes negros y caídos (61), solía gastar las mañanas persiguiendo liebres o acechando palomas por aquellos contornos; a la tarde cuidaba de sus sembraduras o paseaba por la huerta, y quizás, anocheciendo, pedía cuenta y razón de su hacienda. Vida más ordenada y simple, rutina más ahincada y firme no cabe imaginar; lo era tanto que nadie ignora lo que comía y lo que vestía, manjares comunes y atavíos honestos que le igualaban con cualquier hidalgo de villorrio; costumbres rústicas y humildes tan bien asentadas que no daban lugar ni aun para los recuerdos de los antepasados belicosos cuyas armas luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Era en fin angosto y limitadísimo el mundo de este honrado manchego, y estaba su existencia arreglada de suerte que parecía mecánica invariable y una vez por todas puntualizada y definida. Con cuánta justicia podría decirse de él que andaba «libre de amor, de celo, de odio, de esperanza y de recelo», libre de todo cuanto acongoja y acucia, libre del deseo punzante de entender y sentir lo que está más allá de los términos habituales, libre del ansia que urge a escapar del tiempo y del lugar presentes, libre de esta voz interior, ingrata a los hábitos reposados y satisfechos, que clama de continuo: ¡más lejos, más alto, más arriba!

A cosa incomprensible o a frenético desvarío sonarían estas palabras en los oídos del hidalgo que por ahora no sabemos si se llamó Quijada o Quijana, incertidumbre que es testimonio de que no había en él nada que lo distinguiera o le diera personalidad. Frisaba ya con los cincuenta años; los más de ellos se había estado ocioso, atento a tragar cada día la misma ruta que ayer y que siempre, de manera que sobrevi-

no la costumbre y el cuerpo, amoldándose a este linaje de vida, siguió maquinalmente hacia el común y vulgar término, mientras que el alma desentendida ya del oficio de guía, sin tener nada que gobernar porque todo iba por sus trámites forzosos, y sin haberse cansado nunca en inventar novedades, se quedó en blanco como suele decirse, en suspenso, inerte y desorientada. Este es, señores, el punto en que muchos naufragan, y en vez de darle pábulo a las fuerzas «de esta nuestra porción alta y divina— que a más nobles empresas es llamada— y en más nobles acciones se termina», prefieren enyugarla con el cuerpo para que los dos se vayan sosegadamente, fieles al poder de la rutina que les promete vida sin cansancio ni sobresaltos, y los consuela con la perspectiva de un fin reglamentario y consabido. Por lo cual decía no sé quién que hay hombres que se mueren en su último y postrimer momento, y otros que empiezan a morir con veinte o treinta años de anticipación. Si el hidalgo Quijana hubiera sido de éstos, no estaríamos hoy pensando en Don Quijote de la Mancha.

Llegó en efecto a ese punto crítico y no sucumbió a la realidad ruin y mezquina de una costumbre inveterada, porque la magia de los libros le hizo entrar con tanta desgracia suya como fortuna nuestra, en un mundo trascendental, donde muchas veces se perdió por los atajos del ridículo y más veces triunfó en las cumbres de la sublimidad. Dormidas y desaprovechadas se le habían quedado aquellas energías espirituales otrora puestas al servicio de un trájín falto de lustre y huérfano de grandeza; y ahora, privadas del contrapeso de una razonable experiencia y de una estimación equitativa de los hombres y del mundo, vedlas precipitándose amorosamente al encuentro de la verdad sin compromisos, de la justicia sin adobos, de la rectitud y de la fidelidad sin disfraces, del bien sin afeites, del amor

sin interés, y de la gloria sin medros; vedlas ahí sacando de entre la fábula y bazofia de los libros de caballerías la perla y el diamante de una integridad no contaminada por las pasiones de los hombres y ajena a toda tercería coadyuvante en sus negocios y granjerías; mirad ahí a Don Quijote abrazándose para siempre con el ideal que es imagen y resplandor de lo Absoluto, miradle ahí en contradicción inacabable y mortal con esto que llaman realidad y no suele ser sino un amasijo informe de convenciones y apetitos de corto alcance; vedle ahí, alzándose con fiereza y desdén sobre los estribos de una certeza invulnerable, abrazando la adarga de la afirmación consciente y perentoria, y con la lanza en ristre para sostener que ni le mueven promesas, ni le desmoronan dádivas, ni le inclinan sumisiones, ni le espantan finezas, ni le abaten desventuras! (62).

No digáis que estas palabras son ambiciosas, o que las he puesto aquí a guisa de ornamento. Pensad más bien que antes y después de Don Quijote las han hecho suyas todos cuantos se ofrecieron denodadamente al servicio de las ideas y jamás se atrevieron a convertirlas en símbolos muertos o en mercancía barata. Creyeron en cambio, como Renouvier, que «el mundo se desmedra por falta de fé en las ideas trascendentales».

Y son ellas sin duda prole y descendencia de lo universal, reflejo y emanación de lo Absoluto, bien así como la radioactividad es fenómeno nacido de las fuerzas elementales que van y vienen jugando misteriosamente en el seno de la materia. Ni he de callar que entre esas ideas, efluvio perceptible de lo absoluto, y esta radioactividad, emanación sutil de la materia, existe una semejanza temerosa. Porque con estar las unas y la otra preñadas de energía potente y saludable, que ora engendra paz armoniosa y hermosura de vida moral y social, ora se descoge en multitud de inven-

ciones que aúnan la maravilla con la utilidad, no es sino muy cierto que quien maneja incautamente el divino poderío de las ideas o el ímpetu arcano de las radiaciones, lo paga con harto dolor suyo. A veces, en esta esfera de lo orgánico, se marchitan y descomponen los tejidos y sobreviene la gangrena: a veces, en el otro dominio de lo racional, se trastorna y descarría la mente y aparece la locura.

Aquí deseara yo mostraros cómo me represento la de Don Quijote y no veo más camino que el muy defectuoso de las comparaciones.

Imaginad, si os place, un químico de extraordinaria pericia, habitador de un mundo donde todos los elementos se hallan naturalmente limpios y exentos de cualquier mezcla o impureza. Traído a esta tierra donde las cosas llevan en sí tanta mixtura y hermandad de ingredientes extraños, le veríais desconcertado, receloso y sorprendido ante la diversidad de efectos y reacciones que irían resultándole, de tal manera que si no es sandio de remate, se apresurará a disponer y ajustar diversamente sus manipulaciones y experimentos. Mirad también al mecánico venido de un planeta donde imperan distintas formas de gravedad, empeñado en tratar los cuerpos terrestres como si tuvieran el mismo peso y opusieran la misma resistencia que tienen y oponen allá en su domicilio anterior. Fijaos en aquel otro, cuya certidumbre matemática acerca de la imposibilidad de que se amortigüe o cese el movimiento comunicado a un objeto, hace que no considere los rozamientos y contactos que en la realidad truecan y desbaratan las consecuencias de aquel principio. Y sin necesidad de estas hipótesis, notad que la incompreensión y la risa serían el pago debido a quien, solícito únicamente de la prosapia y ascendencia de nuestro idioma, se propusiera atender al comercio de la vida

moderna con el lenguaje de las siete Partidas. Pues, señores, con otra tanta o mayor insanidad pretendió Don Quijote introducir en el mundo, a fuerza de bravura y sufrimientos, sin reparar en otras circunstancias, ni hacer más averiguaciones, esos principios, máximas y leyes que leía en los libros y que eran de seguro expresión sincera de las ideas trascendentales, fórmulas solemnes y axiomas augustos que declaraban el ápice abstracto e inaccesible de la más exquisita perfección caballeresca. Perfección —añadiré yo— que debía subyugar por entero un alma como la de Don Quijote cuya candidez y rectitud afinadas en cincuenta años de vida buena, mansa y limpia, hallaron, merced a los libros, proporcionado escape hacia las alturas y juntamente reanimaron el cuerpo, ya tan avejentado y decaído, con un vigor heroico que fue sobresalto postrimero de la naturaleza adormecida, desquite del ocio a que la condenaron los menesteres sin ilusión, reclamo de justicia contra la pesadumbre agostadora de los años iguales y de la costumbre irreformable, anhelo de otra vida y otro mundo donde pudiera ser brazo ejecutor de la equidad suprema (63), ansia de una dominación sublime (64), que consumió en poco más de cinco meses la existencia de Don Quijote y lo transfiguró en Príncipe del Ensueño que nunca se realiza.

Transmutación fue ésta más peregrina y sutil que todas cuantas han imaginado los alquimistas de entonces y de ahora. Entróse el hidalgo al aposento de sus libros en demanda de distracción al mucho vagar que le consentían los quehaceres de su vida rústica y simple; cobró afición a las aventuras fantásticas, cebó su curiosidad en proezas imposibles, y se sintió a sus anchas en un mundo en que las monstruosidades y quimeras se multiplicaban para que crecieran y lozanearan los bríos estupendos de los héroes que se atrevían a lo humano y a lo sobrehumano con sobra de arrojo y va-

lentía. A solas con Amadises, Esplandianes y Palmerines se apartaba de la insulsa y desabrida monotonía cotidiana que perezosamente iba empujándole sin ruidos ni emociones a la huesa;... leyendo... leyendo... se le olvidaban las horas fatales reguladoras del ajetreo doméstico, las doctas controversias con el Cura, el daga y toma de los tratos usuales, la cejjunta gravedad del ama y sus admoniciones sentenciosas a la travesura y candidez de la sobrina.... Leía... leía aprisa Don Quijote, y eran sus noches «amables más que el alborada», porque huía de su casa dormida y del lugarejo silencioso, cabalgando en el corcel alado hacia los reinos mágicos de Oberón y Titania.

Ya vienen los levantes de la aurora.... ya amanece.... y con las primeras lumbres que llegan a herir los ojos cansados de Don Quijote, va desvaneciéndose la llama titubeante y humosa del candil compañero de la vigilia, pero no se ahuyentan los prestigios nocturnos; la fascinación caballeresca se concentra ahora en el nombre de Amadís que allí.... allí.... en el polvoriento lomo de un volumen, tocado por los rayos del sol, resplandece como una realidad.

¿Por qué anda Don Quijote, horas después, embebecido y traspuesto, viendo sin mirar y escuchando sin oír? Dos lumbres de razón van desde ahora a sucederse en el alma del manchego, como el día y la noche se suceden en el universo. Lo cual no significa que a veces esté bañado en claridades, y a veces arrebozado entre tinieblas absolutas, sino que sus horas son presididas alternativamente por aquellos dos luminaires que muestra el Génesis gobernando el día y la noche. El sol y la luna como que se reparten el cargo de iluminar el mundo: el sol, todo nitidez y transparencia; la luna, toda misterio y vaguedad. Así, en esta alma humana se suceden el sol de la razón positiva, y la luna y las

estrellas de la razón poética; aquel para darle a cada cosa sitio, dimensiones y apariencias cabales, éstas para deshacer limitaciones, borrar confines y esfumar realidades; aquel para ceñir la mente con el cingulo de lo mensurable y definido, éstas para desligarla de lo concreto y material; aquel para mantener la inteligencia en el círculo de lo bien probado y experimentado, éstas para despedirla hacia la esfera absconsa donde imperan la adivinación y el presentimiento. ¡Sol y luna!... luz solar de la razón positiva, sinónimo de sensatez y lumbré estelar de la razón poética, tantas veces confundida con los desvaríos de la locura. Sensatez y locura particioneras del dominio de esta vida que para ser completa necesita, como el mundo, de la cálida refulgencia del sol y de las lontananzas remotísimas, de las lejanías maravillosas y de las honduras y abismos inapeables que al conjuro de la luna y bajo el centellear de las constelaciones, ensanchan y transfiguran este punto terrestre que habitamos.

Subyugado por las claridades de la razón positiva, Don Quijote es un hidalgo abundante en máximas y sentencias de reconocida sensatez, estimador cabal y agudo de la intriga y enredo que condimentan o emponzoñan la vida cotidiana; mas cuando entra en su espíritu la noche y se vuelcan sobre el mundo que contempla esotras claridades de la razón poética, desconoce lo mismo que hace un momento penetraba con tanta serenidad como sosiego, hácese peregrino y extranjero donde acabamos de verle ciudadano, y allí donde todo le era familiar y patente, empieza a moverse con arresos y audacias de explorador que ojea por vez primera una NO MAN'S LAND preñada de sorpresas y emboscadas. ¿Os acordáis de los batanes?... Entonces fue primero la noche que engrandece y agiganta las cosas y ofrece campo inmenso a las bravuras y arrojos de la

razón poética; y sobrevino luégo el día que lo redujo todo a sus términos usuales e hizo que la razón positiva afrentase al hidalgo con desusado corrimiento. La noche y el día se disputaron la vida entera de Don Quijote, como se disputaron el amor de Isolda en la perdurable tragedia wagneriana.

Pero mirad ya cómo éntra Don Quijote en los dominios de la noche, y cómo, de primera instancia, la razón poética transfigura ante él los vanos retruécanos y las sutiles vaciedades y las entrecadas naderías con que Feliciano de Silva y otros tales allñaron sus obras. Al claro sol de la razón positiva, nadie, ni aun el mismo Aristóteles si resucitara para sólo ello, descubriría sentido ni significación en el trabalenguas iusufrible de «los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican». Mas, de la misma suerte que la lumbré nocturna nos fuerza a inventar medrosos aparecimientos o fantasmas gesticulantes donde no hay en realidad sino peñascos escuetos y carrascas hirsutas, así Don Quijote desvelábase y perdía el juicio por entender y desentrañar el sentido que nunca tuvieron los hueros embolismos que leía. Quien de esta manera transfigura las palabras, ya está predestinado para transformar en los cien brazos de Briareo las cuatro aspas de un molino, en escuadrón de Pentapolines y Alifanfarones una manada de bestezuelas azoradas, y en castillo de cuatro torres, con puente levadizo y y honda cava, lo que no era sino una venta fementida, posada de arrieros y paradero de mozas del partido.

Y también anda Don Quijote extraviado en la noche de la razón poética cuando, mirando en torno suyo, no reconoce la herramienta mohosa con que batallaron sus bisabuelos, sino que diputó y tuvo por celada finísima de encaje lo que sólo era morrion simple con su añadidura de cartones. Tampoco reconoce a su rocín: más

esmirriado y lleno de alifafes que el caballo de Gonela si es la razón positiva de Alonso Quijada quien lo estima, y más brioso y gallardo que el Bucéfalo de Alejandro, si es la razón poética de Don Quijote quien lo contempla. Luz de luna y luz de estrellas baña ahora las cosas y las trueca de manera que los nombres con que eran conocidas ya no son de provecho, y así es preciso acudir a inventar otros que cuadren con la visión nocturna; nombres altos, significativos y sonoros como ese de Rocinante, flor y nata de otros muchos que Don Quijote forma, borra y quita, añade, deshace, y torna a hacer en su memoria e imaginación. Ni aun a sí mismo se reconoce por lo que es: un Quijada, Quesada o Quijano del montón, un hidalgo de humilde acomodo, un hombre bueno perdido en la soledad de un lugarejo sin fama; quédese eso, enhorabuena, para los que vean a Don Alonso iluminado por los fulgores crudos de la razón positiva; mas para él... para él que a sí mismo se busca en el aposento de los libros y acaba por descubrirse allí, para él mismo no será sino el heredero moral de Amadís, el personaje en quien se hace hombre la leyenda, será, en fin, Don Quijote de la Mancha, el hijo legítimo de la razón poética,

Razón sublimadora de las realidades circunstantes, razón que apunta en el niño cuando, por la virtud de un nombre, cambia las cañas en bridones y los pingajos caseros en paños reales y diademas en joyadas; razón que, más tarde, hará de un nombre y de un vocablo el puente ilusorio que salvará las fauces negras de algún abismo filosófico, la clave de discordias infaustas, o el resorte de pasiones exultantes; razón que obró finalmente el trueque y mudanza de la mujer que talvez fue necesaria para enlazar en una síntesis suprema de entendimiento amoroso y de idealismo apasionado, los miembros al parecer dispersos y triviales de la epopeya cervantina.

Porque para tí, ALDONSA LORENZO, moza labradora que nunca supiste de la llama que ardía bajo la timidez honesta y pensativa del hidalgo, para tí no guardaba él las blanduras que son rubor de las mejillas y miel para el oído, sino que, aventajando a Júpiter que sólo puso en el regazo de Dánae el oro de las seducciones, Don Quijote enriqueció tu rusticidad con la presea de un nombre, DULCINEA, cifra y emblema de la hermosura misteriosa que en vida le dió alientos y a la hora del revés decisivo le hizo sellar con tu recuerdo la ruina final de todas sus increíbles ilusiones. ¡DULCINEA!... ¡DULCINEA!... no le pidas más al enamorado caballero; nombre te dió músico y peregrino, y con él carta y fe de parentesco con la altísima Beatriz; ni ella salió jamás del luminoso crepúsculo de la ciencia sagrada, ni tú saliste nunca de las obscuridades del encantamiento legendario, y así, apartadas en la realidad de esos hombres cuya vida informabais, fuisteis para ellos inspiración y no fatalidad. Y si Dulcinea acompañó a Don Quijote hasta el día en que se le abrieron los ojos a la simple verdad, Beatriz no dejó a Dante sino cuando le cobijó el relámpago de la última visión.

A la fascinación caballeresca en que entran por igual Amadís y Dulcinea va a sacrificar el hidalgo primero su hacienda y luego su vida: la una para comprar más libros que le arrebaten y esfuercen, la otra para ejercitarse en esa caballería que hoy comparte la miseria astrosa del aventurero, y otro día, en acabando de limpiar la tierra de injusticias y sin razones, conquistará nombre perpetuo y hasta coronas imperiales. Extraño pensamiento en que jamás dió loco en el mundo, dice Cervantes, y con harta razón porque no ha habido hombre que empareje con Don Quijote en esto de confundir la IDEA trascendental, toda firmeza y hermosura, con la ACCIÓN que es el ropaje y vestimenta en que se envuelve para poder morar entre los hombres.

La idea es lo eterno y la acción lo temporal; la idea es lo absoluto, la acción lo relativo; la idea es lo divino y la acción es lo humano; la idea es lo único y la acción es lo múltiple; y juntas la idea y la acción constituyen la VIDA que con ser anhelo incontrastable e imperativo permanente de perfección, necesita guardarse y ceñirse ora con el atavío espléndido de las empresas heroicas, ora con las libreas pulidas de la común actividad, ora con el sayo y jerga del trabajo humilde, ora con el áspero cilicio de la paciencia generosa.

Sobre la idea trascendental los siglos y las épocas no tienen poderío: tiénelo en cambio y muy grande sobre la acción, y lo que en un tiempo fue consentáneo y conveniente para traducir y manifestar la idea, en otro puede servirle de estorbo y embarazo que la perturben o sofoquen. Y esta necesidad continua de atemperar la inconsistente movilidad de la acción con la perenne estabilidad de la idea, fue cabalmente lo que Don Quijote no llegó a comprender: extendió a la una las prerrogativas de la otra, estimó definitivo lo que de suyo era transitorio, y creyó en fin que la soberana y universal justicia que le rendía y enamoraba, no podía expresarse ni ponerse en vías de ejecución sino copiando e imitando servilmente lo que hicieron y ejecutaron los próceres imaginarios de la andante caballería. Ellos y sus proezas, bien lo véis, carecían de realidad, mas para Don Quijote la realidad no estaba en la vida sino en los libros, quiero decir que no fiaba de su entendimiento para descubrirla por sí misma, sino que lo humillaba con íntimo gozo e inquebrantable persuasión a esa autoridad perentoria que para él residía en los volúmenes impresos, y que por una especie de sugestión avasalladora y despótica le hizo entender que la idea se vinculaba esencialmente a las acciones andantescas.

Podrá ser que este linaje de obediencia, rayana en esclavitud y cautiverio mentales, os parezca imposible. No lo era, por cierto, allá en tiempos de Don Quijote cuando la autoridad aparecía como único y verdadero eje del mundo. La de los libros era inmensa, y si nosotros no podemos figurárnosla es porque la reverencia que se les tenía en el siglo XVI fue reemplazada por la crítica que formuló Villarroel en el siglo XVIII con estas palabras: «Los libros gordos, los magros, los chicos y los grandes, son unas alhajas que entretienen y sirven en el comercio de los hombres. El que los cree, vive dichoso y entrenido; el que los trata mucho está muy cerca de ser loco; el que no los usa es del todo necio. Todos están hechos por hombres, y, precisamente han de ser defectuosos y oscuros, como el hombre» (65).

Mirad ahora, señores, que el proceso de la locura de Don Quijote encierra en sí la competencia y el contraste entre la *idea* y la *acción*, entre el pensamiento y la obra, entre el propósito y la ejecución, y por el mismo caso el tal proceso nos abraza y comprende a todos. A todos, digo, menos al que quiso llamarse Hijo del Hombre y en quien la idea y la acción se fundieron y trabaron indisolublemente para constituir el dechado único del perfecto equilibrio, el resplandor sustantivo de la divinidad simplicísima y la piedra angular que enlaza y prende lo celestial con lo terrestre (66). Con esta salvedad y dentro del puro orden humano, yo os pregunto ¿dónde están los que pueden pasar de largo ante el gran señor de los tristes, porque jamás fueron como él héroes o víctimas en esta contienda rigurosa de la idea con la acción? Allí veo a los que pretendieron abstraerse del mundo para contemplar de hito en hito las ideas, y descuidados de las obras con que debían acreditarlas, se desvanecieron unos en la nebulosa y liviana Utopía, y se quedaron otros perpetua-

mente solitarios en las márgenes de este río caudaloso de la vida que expulsa de sus ondas a los que no tienen voluntad de dominarlas. Aquí están los otros que sudan y afanan para establecer justas proporciones entre la idea de siempre y la acción de cada día, y son éstos los que vencidos hoy y triunfantes mañana, van dejando en pos de sí el surco bendito en que germinará la síntesis de la inteligencia y del amor, de la justicia y de la caridad. Y columbro más allá a los menospreciadores de la idea, que empiezan amando la acción por sí misma y, faltos de pensamiento que la fecunde y de norte que los guíe, acaban abrazándose con símbolos vacuos y memorias fenecidas: almas son estas de «anticuarios», que prevarican como prevaricó el pueblo judío tan diestro en escrupulizar sobre minucias rituales, como ciego y duro y tardo de corazón para las verdades redentoras: así prevaricaron también esotros filósofos que desampararon la idea que es luz y vida, para hartarse de disputas retumbantes y hueras: así esterilizaron la historia los que se cansaron en averiguar lo que habían hecho los antiguos y no se preguntaron jamás por qué lo hicieron: así desacreditaron el arte literario los que prendados de la música material de las palabras rompieron aquella regla de oro según la cual una obra bella debe ser también armonía celestial de pensamientos. Y aquí, y allí, y en todas partes está Don Quijote, servidor martirizado de la idea, y siempre vencido y derrotado porque pretendió encerrarla —¡a ella que es expansión y energía multiforme, a ella que sojuzga y plasma los medios y las circunstancias!— en el único y exclusivo molde que le ofrecían las armaduras caballerescas.

Y por eso fuiste loco, ¡oh peregrino arcaico del Ideal!, a fin de que tu vida heroica fuera recapitulación de todas las vidas humanas. Loco, porque a veces te em-

pequeñecía la coyunda de la imitación sin seso ni cordura; loco, porque veías el mundo no como es en sí, sino como se te representaba de puertas adentro; porque dispersabas tu osadía en hazañas mezquinas; porque creíste en los trampantojos de los encantadores más firmemente que en los engaños y falsías de los hombres; porque fuiste a humillar tu entereza invicta ante la sandez fastuosa de los grandes; porque pensaste que en la tierra podía albergarse lo absoluto; y fuiste loco, ¡oh señor de la sinceridad!, porque alterando con tus lacerías y enormes desatinos, se entretijeron en la burlesca trama de tus aventuras, muchos hilos de sabiduría incontaminada, tantos que con sólo ellos pudo tejerse la vestidura que fue mortaja de tu vida andariega y abrigo de tu serenidad definitiva.

Pero antes de lograrla, el Ingenioso Hidalgo Don Quijote va a salir por el mundo en demanda de aventuras: «Una mañana, antes del día, se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral, salió al campo.....»

Señores, este prólogo ha concluido;..... la vida va a comenzar cuando Alonso Quijano se pierda en el horizonte de esta llanura de Montiel..... Ya va muy lejos..... tan lejos que no sé si la lanza que lleva Don Quijote es hierro que va a enristrarse contra los agravios de los hombres, o es saeta indicadora de nuestros destinos inmortales.

NOTAS

al prólogo de Don Quijote

- 1—Repertorio Colombiano.—T. II, pg. 377.
- 2—Ibidem, pg. 322.
- 3—Ibidem, pg. 342.
- 4—Rodríguez Marín. Edición Crítica.—T. VII, pg. 423.
- 5—Ed. Comp. Aguilar, pg. 508.
- 6—II, Cor. 3. 18—et «de triplici claritate» apud S. Thom.
- 7—Menéndez Pelayo. E. Heine, pg. 191.
- 8—Ibidem, pg. 28.
- 9—Decharme. Mythologie ancienne, pg. 248.
- 10—Rodríguez Marín. Ultima nota.
- 11—Prólogo.
- 12—Rodríguez Marín.—T. IV, pg. 83.
- 13—Ed. Aguilar, pg. 1145.
- 14—Ibidem, pg. 1928.
- 15—Ibidem.
- 16—Menéndez Pelayo. Orígenes de la Novela, pg. 265.
- 17—Ibidem, pg. 264.
- 18—Ibidem, pg. 265.
- 19—Ibidem, pg. 280.
- 20—Ibidem, pg. 290.
- 21—Ibidem, pg. 292.
- 22—Ibidem, pg. 282.
- 23—Ibidem, pg. 283.
- 24—Ibidem, pg. 285.
- 25—Ibidem.
- 26—Ibidem.
- 27—Ibidem, pg. 284.
- 28—Ibidem, pg. 283.
- 29—Ibidem, pg. 284.
- 30—Ed. Aguilar, pg. 609.
- 31—Ibidem, pg. 680.
- 32—Ibidem, pg. 1929.
- 33—Ibidem, pg. 331.

- 34—Ibidem, pg. 5.
- 35—Ibidem.
- 36—Ibidem, pg. 1929.
- 37—Ibidem, pg. 329.
- 38—Ibidem, pg. 1929.
- 39—Ibidem, pg. 343.
- 40—Ibidem, pg. 346.
- 41—Ibidem, pg. 678.
- 42—Ibidem, pg. 662.
- 43—Rodríguez Marín.—T. I, pg. 153.
- 44—Ibidem, pg. 137.
- 45—Ed. Aguilar, pg. 303.
- 46—Ibidem, pg. 31.
- 47—Ibidem, pg. 32.
- 48—Ibidem, pg. 41.
- 49—Ibidem, pg. 40.
- 50—Rodríguez Marín.—T. I, pg. 280, not. 11.
- 51—Ibidem, pg. 194, not. 12.
- 52—Ibidem, pg. 287-293-194, not. 12—Menéndez Pelayo. Orígenes.. pgs. 187, 201, 65, 280, 380, not.
- 53—Ed. Aguilar, pg. 41.
- 54—Ibidem, pg. 61.
- 55—Ibidem, pg. 274.
- 56—Rodríguez Marín.—T. I, pg. 195.
- 57—Ed. Aguilar, pg. 2.
- 58—Ibidem, pg. 364.
- 59—Ibidem, pg. 663.
- 60—Ibidem, pg. 359.
- 61—Rodríguez Marín.—T. IV, pg. 284.
- 62—Novelas Ejemplares.—I.
- 63—Ed. Aguilar, pg. 57.
- 64—Ibidem, pg. 106.
- 65—Vida. Ed. «Lectura», pgs. 38, 21.
- 66—Hym. in Dedic. Ecc. : «Alto ex Olympi...

